

ACTO ACADÉMICO
en memoria de
JUAN JIMÉNEZ VARGAS

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

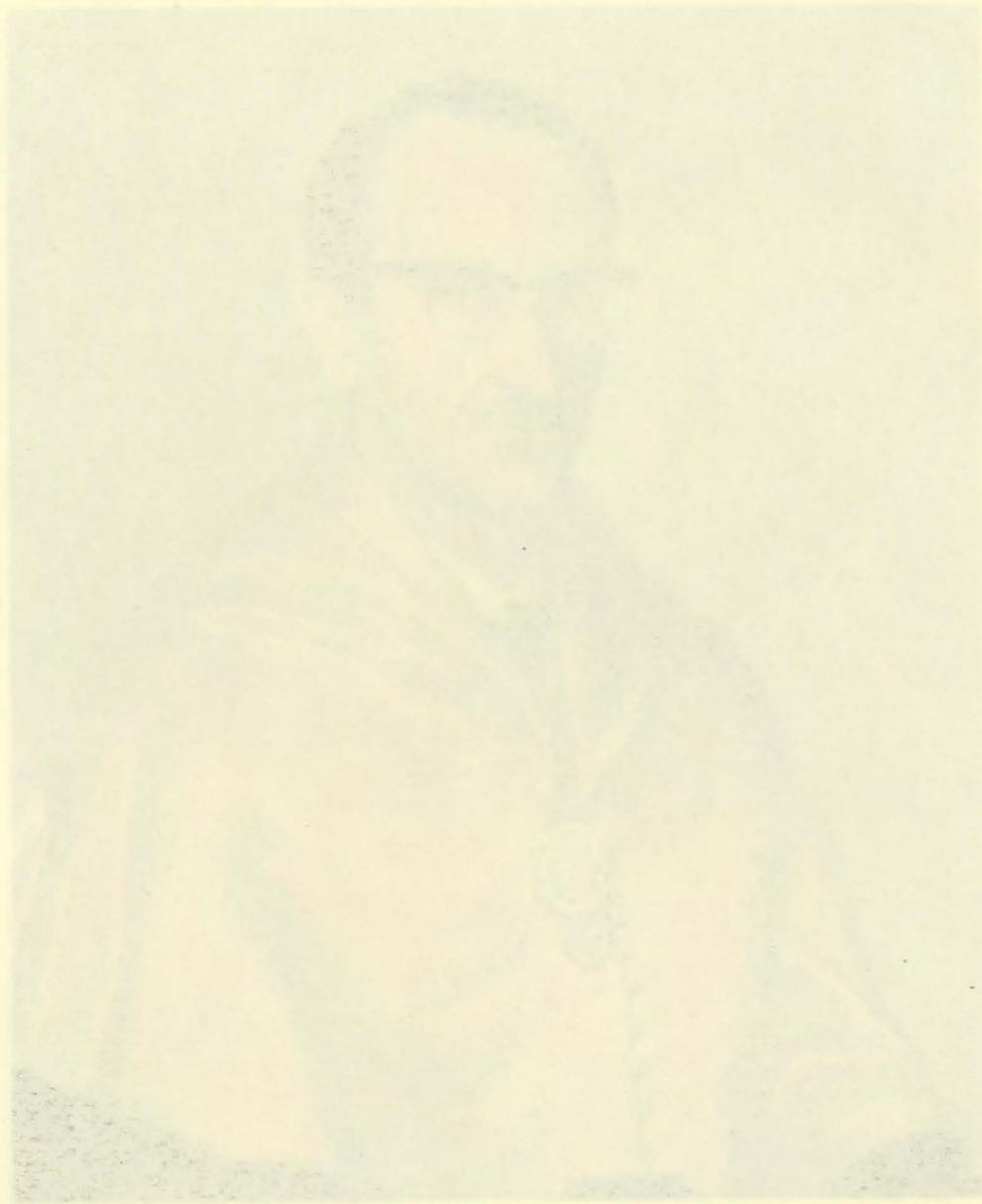
PAMPLONA, 1997



Profesor Juan Jiménez Vargas
(Óleo de C. Muñoz Sola)

PAMPLONA, 1937

Universidad de Navarra
Servicio de Documentación



SUMARIO
ACTO ACADÉMICO

en memoria de

JUAN JIMÉNEZ VARGAS

Acto Académico en Honor de Juan Jiménez Vargas	1
Intervención del Prof. Francisco Pérez Prados	7
Intervención del Prof. Juan Filipe Saldaña	21
Intervención del Prof. Gonzalo Herrera Rodríguez	33
Palabras de despedida del Prof. José M. Restero Echevarría	47
Oficio de exequio de la Medalla de Oro	53
Material Propositor de D. Juan Jiménez Vargas	55

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

PAMPLONA, 1997

Universidad de Navarra
Servicio de Bibliotecas

20019129

ACTO ACADÉMICO

en memoria de

JUAN JIMÉNEZ VARGAS

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Depósito Legal: NA 2324-1997 - PAMPLONA
EUROGRAF NAVARRA, S. L. Polígono Industrial, calle O, nave 31. MUTILVA BAJA (Navarra)

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS

SUMARIO

Acto Académico en Homenaje al Prof. Juan Jiménez Vargas	
Intervención del Prof. Francisco Ponz Piedrafita.....	7
Intervención del Prof. Jesús Flórez Beledo	21
Intervención del Prof. Salvador González Barón	29
Intervención del Prof. Gonzalo Herranz Rodríguez.....	39
Palabras de clausura del Prof. José M ^a . Bastero Eleizalde.....	47
Oficio de concesión de la Medalla de Oro.....	53
Algunas fotografías de D. Juan Jiménez Vargas	55

Francisco Ponz Piedrafita
Profesor Ordinario de Patología Animal

Magnífico y Excelentísimo Sr. Rector
Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Medicina
Claustro Académico,
Señoras y señores.

Nos reunimos en este acto académico para honrar la figura del Profesor Juan Jiménez Vargas, fallecido el 29 de abril de este mismo año. Ha tenido que producirse este desenlace para que la Facultad de Medicina pudiera expresarle su reconocimiento por cuánto él ha significado para su historia y para la de la Universidad de Navarra. En vida suya hubiera sido imposible, nos habría dicho de todo, cualquier cosa, que era una absurda forma de perder el tiempo. De insistir, se hubiera sentido el riesgo de ser lanzado por la ventana de su despacho. Lo más que pudo hacer la Facultad, y esto después de que un primer grave accidente cerebral redujera un tanto su muy viva capacidad de reacción y su vigor físico, fue auspiciar en 1989 la publicación en su honor de un volumen extraordinario de la Revista Española de Fisiología, que incluía un muy breve resumen de su curriculum, una relación de sus publicaciones científicas, y numerosos artículos de investigación en áreas fisiológicas y bioquímicas, con las que sus discípulos quisieron contribuir a su homenaje. Recibió también la Medalla de Oro de la Universidad en 1990, pero Don Juan transigió con el acto de entrega, porque la concesión era del Gran Canciller, a quien jamás negó nada; y la entrega sería muy breve parte del acto de Apertura de Curso, al que nunca dejó de asistir si estaba en Pamplona; además, la referencia a su persona quedaría diluida en un conjunto de tres, podría ser uno más, y él no tomaría la palabra.

Mi relación con don Juan

He tenido el honor de participar en este acto, quizás por ser entre los presentes el que desde más antiguo le conoció. Pienso que soy también el primero de la larga serie de quienes se iniciaron con él en Fisiología. Él me dirigió de hecho la tesis doctoral, y me animó a seguir una dedicación universitaria en ese mismo campo. Y es cierto que hemos convivido largo tiempo, primero en Madrid, luego en Barcelona, más tarde en Pamplona. Otros reflejarán sin duda en sus intervenciones cómo le vieron desde la perspectiva de alumnos y discípulos, cómo eran sus enseñanzas, el rigor y vigencia de sus investigaciones fisiológicas, o cómo se conjugan y contagian la audacia, el tesón, y la segura confianza a la hora de iniciar y sacar adelante una Facultad de Medicina de calidad. Yo procuraré referirme a don Juan de un modo genérico, preferentemente personal y humano. Pero en don Juan se daba tal

unidad de vida que es imposible cualquier intento de disección, y no puede extrañar que incidamos todos en aspectos comunes.

Mi primera conversación con don Juan fue en una residencia de estudiantes universitarios en la calle de Jenner de Madrid. Debió de ser hacia el 10 o 12 de febrero de 1940. Yo acababa de tomar una decisión muy importante en mi vida. D. Juan era entonces el Director de aquella residencia. Se apreciaba en su hablar el casticismo madrileño y que abordaba las cuestiones sin rodeos. Me llevaba seis o siete años. Había nacido en Madrid, en abril de 1913, y correteado y hecho travesuras de chiquillo por las calles de su barrio, por San Bernardo. Cursó el Bachillerato en el Instituto de San Isidro, probablemente el más representativo de entonces, y se conocía muy bien el Madrid clásico y pintoresco. Luego estudió Medicina en el antiguo caserón de la calle de Atocha, junto al Hospital Clínico de esa época y fue alumno interno del profesor don Carlos Jiménez Díaz. Al terminar la licenciatura en 1935, siguió como médico interno con este mismo profesor. Entre tanto, y ese era el motivo de que estuviera en la residencia, se había encontrado con D. Josemaría Escrivá de Balaguer. Desde los primeros días de 1933, el panorama espiritual del Opus Dei llenó de por vida su corazón y dio cauce seguro a sus impetuosos y generosos afanes de servicio.

Durante la guerra civil, estuvo lo más que pudo junto al Beato Josemaría. Pasó tiempo en la cárcel de Porlier de Madrid y nadie daba nada por su vida. Se jugó además esa vida en muchas ocasiones. Un día al final de agosto de 1936, los milicianos hicieron un registro en la casa donde estaban refugiados con el Fundador y se tuvieron que ocultar con otro más en un escondrijo bajo el tejado. El calor era insoportable, las horas pasaban angustiosas y por milagro no fueron descubiertos durante la muy concienzuda búsqueda. Juan, con sus 23 años, se quedó dormido: estaba tranquilo, seguro de que no podrían dar con el Fundador, porque el Señor le guardaba para la misión que le había encomendado. Juntos pasaron refugiados en diversos lugares y en la Legación de Honduras. Le acompañó también en el paso por los Pirineos hacia Andorra y Francia. En un momento de este recorrido, el Fundador dudaba entre seguir o regresar a Madrid para atender a sus hijos en el Opus Dei que allí habían quedado. La actitud de don Juan, que asumía la responsabilidad en el resto del grupo, fue muy resuelta y firme: ¡usted va adelante, vivo o muerto!. Así era don Juan. Y la dura y arriesgada marcha terminó felizmente.

En 1940, D. Juan investigaba en Fisiología en el Instituto Cajal como Colaborador, y obtuvo el Doctorado en Medicina. Era además Médico interno de la Facultad. También se ocupaba, como he dicho, de la dirección de la Residencia. Trabajaba muy intensamente y sin perder un minuto. Sólo de

cuando en cuando iba a hacer ejercicio físico, a remar al Retiro, por ejemplo. Alguna vez le acompañé a alquilar una barca. Su enseñanza era clara: el ejercicio debía ser enérgico, el remo tenía que hundirse lo justo para encontrar fuerte resistencia y forzar el avance; y no cabía aflojar en el esfuerzo al comenzar la fatiga, sino cuando no se pudiera más.

Próximo a terminar yo mis estudios de Ciencias Naturales, mis aficiones y mis antecedentes familiares de médicos me inclinaban hacia las ciencias biológicas funcionales. Y seguí los consejos de don Juan, que había dejado tiempo atrás la residencia de estudiantes, de orientarme hacia la dedicación universitaria y hacia la Fisiología. Él se estaba preparando para presentarse a oposiciones a cátedra de Universidad de esa materia en Medicina. Así, aun antes de terminar yo la licenciatura, en el verano de 1941, comencé a ir con él al Instituto Cajal, para iniciarme en técnicas que me podrían ser útiles para mi tesis doctoral. Fue él de hecho quien me sugirió el tema de la tesis, y el que me enseñó variados aspectos del trabajo experimental. Él y yo hicimos de conejillos de Indias y nos inyectamos vitamina C para algún experimento. Como suele suceder al doctorando, llegó un momento en que yo no sabía por donde tirar, y me parecía que nada de lo realizado tenía utilidad ni sentido. Pero nada más contrario a D. Juan que el descorazonamiento: supo levantar mi ánimo con gesto decidido y frases contundentes; y me ayudó a descubrir la significación de aquellos resultados.

Para el verano siguiente, de 1942, coincidimos en Zurich. Él ya había ganado la Cátedra de la Facultad de Medicina de Barcelona, y pasó unos meses con el profesor Hess, Premio Nobel. Allí se avivó su interés por los centros nerviosos y la regulación refleja de las funciones vegetativas, a lo que se dedicó desde entonces muy preferentemente. Yo estaba en cambio en la Escuela Politécnica Federal aprendiendo Nutrición Animal. Ambos luchábamos para manejanos con la lengua de Goethe, y aprovechábamos el tiempo lo mejor que podíamos. Para descansar, alguna vez remamos juntos en el Lago de Zurich. Don Juan era un hombre seguro, decidido; sabía lo que hacía y a donde iba. Los problemas siempre eran, por definición, superables. Lo que había que hacer era trabajar, seguir adelante, no pararse.

Al año siguiente, en la primavera de 1943, pasé cerca de tres meses con él en su laboratorio de la Facultad de Barcelona. En poco más de medio año que llevaba allí, había reunido y puesto a punto el instrumental científico del Instituto de Fisiología, malparado por la guerra civil, lo había completado con algunas adquisiciones, y estaba ya realizando trabajos de investigación y dirigiendo las clases prácticas para los estudiantes. Yo había emprendido líneas de investigación distintas de la suya, pero él puso a mi disposición un pequeño local, una persona que pudiera ayudarme, y los animales y material que necesitaba. Hasta me consiguió traer, con ocasión de un viaje que hizo a

Madrid, camarones vivos del Río Guadiana, que me sirvieron para hacer un trabajo.

En el verano de ese mismo año 43, él volvió a Zurich. No encontraba plaza para volar a Roma y seguir luego a Suiza, pero el primer bombardeo de Roma por los aliados provocó la desbandada de muchos viajeros. Aprovechó la oportunidad -nada le arredraba-, y voló al día siguiente con el avión casi exclusivamente a su servicio.

En septiembre de 1944 volví a Barcelona para incorporarme a la Facultad de Ciencias, que carecía de laboratorio de Fisiología. Don Juan me brindó generosamente espacio en el suyo durante aquel curso, hasta que me habilitaron locales en Ciencias. Incluso aceptó que mis alumnos hicieran algunas prácticas con los de Medicina. En aquel mismo otoño, me habló de que debíamos editar en Barcelona una revista científica, pues no había ninguna de Fisiología ni de Bioquímica en España, y la guerra mundial hacía muy problemática la publicación de los trabajos españoles en esos campos. El empeño era arduo, pero me presté a no dejarle solo. Su decisión y su tenacidad hicieron realidad la Revista Española de Fisiología, que apareció a los pocos meses, en marzo de 1945. Don Juan fue sin duda alguna el fundador, director, y motor de la Revista mientras estuvo en Barcelona, que salía sin fallo cada trimestre ante el asombro general.

Desde el primer momento se ocupó en Barcelona de buscar colaboradores y equipos instrumentales para desarrollar una eficiente investigación científica. Los profesores Monche-Escubós, Alberto Sols, Vidal-Sivilla, Larralde, Pié-Jordá, Ruz, Prandi y otros más, formaron parte por entonces del grupo de trabajo de don Juan. Allí se fue integrando un buen instituto, con las dotaciones de material y aparatos que le iba siendo posible conseguir, a pesar de la angustiada escasez de los presupuestos disponibles, de la devastación producida por la guerra española, seguida de la mundial y del bloqueo comercial posterior. La capacidad de estudio y trabajo de don Juan, para quien no contaban límites de horarios, ni de días festivos, ni eso que la gente llama vacaciones; su empuje personal para tirar hacia arriba de todo el mundo; su extremada generosidad para allanar el camino a los demás facilitando ideas, bibliografía, técnicas de trabajo, etc., hicieron posible que aquel instituto alcanzara una creciente y relevante producción científica, con abundantes tesis doctorales, artículos de investigación y formación de investigadores y profesores universitarios.

Su único descanso por aquel entonces era ir algún domingo al puerto para alquilar un bote y remar mar adentro con quien quisiera acompañarle, poniendo a prueba su coraje y fortaleza física y moral. O subir por sendas

monte arriba al vecino Tibidabo, con fríos o calores, de prisa, sin concesiones al cansancio; y sólo como ejercicio fisiológicamente saludable, no para detenerse en la cima a gozar contemplando la belleza de la ciudad con el mar al fondo, mucho menos para visitar alguna de las atracciones instaladas.

Un día, ya de 1954, me contó don Juan que se iba a encargar de poner en marcha la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, que como Estudio General había iniciado las enseñanzas de Derecho dos años antes. El Fundador, el Beato Josemaría, le había invitado a ocuparse de ello y, sin dudarle un momento, le había parecido muy bien. Me explicó que como en el primer año no se iba a impartir aún su asignatura, estaría todavía un curso entre Pamplona y Barcelona, para seguir prestando ayuda a sus colaboradores y doctorandos y preparar sin rupturas su traslado definitivo. Y así lo hizo.

Dejó Barcelona a los doce o trece años de llegar, justamente cuando su grupo de trabajo estaba más maduro, en mejores condiciones para la producción científica. Allí dejó también a amigos, colegas y muchos antiguos alumnos que habían aprendido con él una Fisiología actualizada y viva, testigos de su entrega para formarles bien. Se desprendió asimismo de la Revista de Fisiología que había fundado. Y se vino a Pamplona como primer Decano de la recién creada -en el papel- Escuela de Medicina. Pero en don Juan no primaba el prestigio personal, la consideración pública; lo importante para él era utilizar toda su capacidad profesional en hacer realidad lo que el Fundador del Opus Dei tenía en su corazón, en ese caso, una parte muy significativa del servicio humano y cristiano que debía prestar la Universidad de Navarra.

En abril de 1956 vine a la nueva Facultad invitado a dar una conferencia. Tuvo lugar en los locales cedidos por la Diputación Foral en un pabellón al fondo del Hospital de Navarra, donde se habían acondicionado dos aulas y unos laboratorios. Me admiró vivamente que en plena fase de arranque de la Facultad, con la responsabilidad de buscar y cubrir el profesorado imprescindible para las clases teóricas y prácticas, con muy escasas personas, en aquellas pobres instalaciones, y con un mínimo de instrumental, don Juan estuviera haciendo investigación, dirigiera ya tesis doctorales, e impulsara con vigor y entusiasmo el trabajo científico de todos. Entre quienes le ayudaban, había algunos que le habían conocido en Barcelona. Pensaba también en crear una Revista de Medicina de la Facultad, que inició el año siguiente. En aquellos locales, en lo que pasó a llamarse luego Escuela Vieja, continuó bastantes años, prefiriendo que en los nuevos edificios que se iban construyendo se instalaran más cómodamente y con mayor dignidad otros profesores, claro ejemplo de cómo posponer cualquier derecho personal en favor de los demás y de la Facultad.

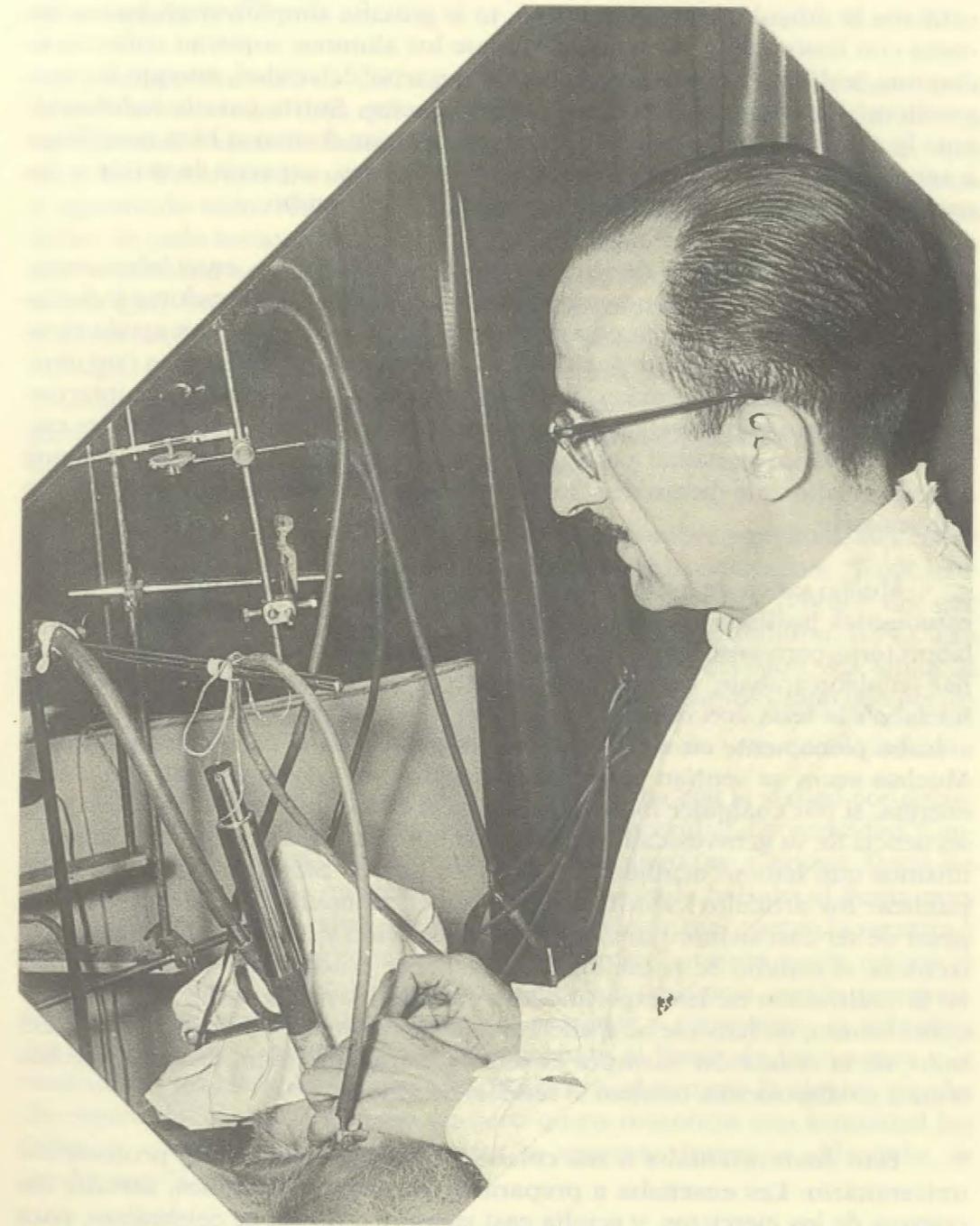
Volvimos a coincidir, esta vez durante más de treinta años, en Pamplona. Él había dejado ya en 1962 el Decanato de Medicina en manos de don Eduardo Ortiz de Landázuri, que invitado por él se había incorporado en 1957. Yo llegué en 1966 de Barcelona, para sustituir en el Rectorado al memorable profesor José María Albareda, fallecido poco antes. Y en Pamplona seguía, en la Escuela Vieja, mi muy querido don Juan. Mi director de tesis, el que me había enseñado tantas cosas de Fisiología -y también de otros temas importantes-, era ahora un profesor más de la Universidad que me habían encomendado dirigir. Jamás me pidió nada para él mientras yo estuve en el Rectorado. Y nunca hizo valer su relación conmigo para que prevaleciera su modo de pensar sobre la organización de la Facultad, que dejó siempre en manos de sus autoridades. Menos todavía quiso sugerirme nada sobre el gobierno de la Universidad. Y eso que sobaban las oportunidades de hacerlo, sobre todo desde que fue necesario devolver al Hospital aquella Escuela Vieja, y nuestros laboratorios quedaron vecinos. Tampoco me hablaba de la Universidad ni de la Facultad cuando en alguna ocasión le acompañaba en sus semanales subidas al monte San Cristóbal, caminando por sendas y vericuetos que él conocía palmo a palmo, ascensiones en las que, a pesar de su mayor edad, siempre me sacaba ventaja.

Un gran universitario

Don Juan fue sin ningún género de duda un gran universitario. Sentía muy hondamente los afanes de la Universidad. La enseñanza debía ser de la mejor calidad, pero era preciso hacer también mucha y rigurosa investigación. Se rebelaba cuando alguien le decía que no tenía tiempo o medios para investigar. Él había tenido que hacerlo en condiciones más precarias. En esas excusas descubría escasa vocación universitaria, o esa comodidad fácil que lleva a ocupar el tiempo en cosas menos costosas. Era necesario trabajar bien e intensamente, estudiar mucho, empujarlo todo, ayudar a todos. Él se entregaba personalmente a sacar adelante su parcela de directa responsabilidad y a ayudar con todas sus fuerzas a la marcha del conjunto de la Facultad y de la Universidad.

Sus jornadas laborales eran muy largas. Y encontraba la forma de ir a la Facultad aunque estuviera oficialmente cerrada. Siempre se llevaba a casa libros y papeles para aprovechar cualquier minuto. Parecía incansable. Así se explica que estuviese muy al día de los avances de la Fisiología y de otras materias afines, y que pasara a unos y otros copias o referencias de publicaciones que les podían interesar.

Cuidaba mucho la preparación de las clases. Se esforzaba por dar una enseñanza plenamente actualizada y rigurosa, huyendo de la teatralidad. No



D. Juan en el Laboratorio de investigación de Fisiología de la Escuela Vieja.
Curso 1956-57.

ocultaba la dificultad de algún punto, ni le gustaba simplificar en exceso las cosas con lesión de la verdad. Quería que los alumnos supieran enfrentarse con una realidad siempre compleja. Y los quería de verdad, aunque los suspendiera si no habían puesto suficiente esfuerzo. Sufría ante la indolencia, ante la superficialidad. Debían aprender a trabajar, formarse bien para llegar a ser médicos competentes, buenos profesionales, capaces de servir a los pacientes con su ciencia y con su recto sentido del hombre.

El mayor tiempo de don Juan lo pasaba sin embargo, en el laboratorio, con sus investigaciones, que eran siempre las de sus colaboradores y doctores. Enseñaba a trabajar con rigor y precisión, a observar con aguda atención y perspicacia cualquier incidencia, a interpretar los resultados con objetividad y buen sentido crítico. Se exigía mucho a sí mismo. Tenía interiormente una gran comprensión con quienes le rodeaban; pero, a la vez, les exigía vencimiento personal para que no se quedaran en lo fácil; hacía que apuntaran alto, que dieran de sí lo más posible, y amaran de verdad el trabajo universitario.

Mucho saben de todo esto sus discípulos. Procuraba descubrir entre sus estudiantes posibles vocaciones universitarias; les invitaba a frecuentar el laboratorio para enseñar a otros la ejecución de las prácticas o para participar en algún trabajo, despertando su interés por la tarea científica. Algunos iniciaban la tesis con don Juan, pasaban a ser colaboradores suyos, y él se volcaba plenamente en su formación, les guiaba en el camino emprendido. Muchas veces se sentían empujados, urgidos, en ocasiones con indudable energía, si por cualquier motivo declinaba el ritmo de trabajo. Todo era consecuencia de su generosidad, porque nada buscaba para sí, sino para aquellos mismos que habían acudido a él atraídos por su magisterio. A la hora de publicar los artículos científicos solía poner su nombre en último lugar, a pesar de ser casi siempre suyo el tema, la selección y enseñanza de métodos y técnicas, el estudio de la bibliografía; de haber prestado su constante ayuda en la realización de los experimentos y en la discusión de los resultados y conclusiones; de haberse ocupado las más de las veces, en buena parte o del todo, de la redacción -siempre concisa y clara- del texto. Cuantos medios tenía a su disposición, estaban al servicio de todos.

Don Juan orientaba a sus colaboradores en el acceso al profesorado universitario. Les enseñaba a prepararse para las oposiciones, atendía los ensayos de los ejercicios, y acudía casi siempre a donde se celebraban, para contribuir con su ánimo y experiencia a que alcanzaran el resultado apetecido, o para que no decayeran en sus propósitos si no tenían éxito.

Personalidad.

La personalidad de don Juan era muy acusada y singular. Cuantos le hemos tratado algo más que superficialmente, conocemos mucho de sus excepcionales virtudes humanas, vividas de forma muy característica, muy personal. Don Juan era un hombre de una pieza. Recio, infatigable, dispuesto a aguantarlo todo. No se quejaba por nada, trabajaba siempre, cumplía su deber de cada instante en cualquier situación, por dura que fuese. Vivía con una extremada sobriedad, sin ninguna concesión al gusto, al reposo, a la comodidad. Solía desayunar de prisa, casi de pié, una taza de café sin azúcar y, anunciando ¡los de Medicina nos vamos!, salía rápido al trabajo. No hacía remilgos ni comentarios sobre lo que le ponían a la mesa, todo le era igual, le bastaba con lo imprescindible, casi siempre menos de lo que a tanta gente le gusta pensar. Su cuerpo era enjuto, huía de toda adiposidad. Muy partidario del ejercicio exigente, poseía alto vigor físico.

Aún mayor era su fortaleza moral, su reciedumbre espiritual, su capacidad para emprender todo aquello que entendía era conveniente. Tenía bien metido en su ánimo el consejo del Fundador del Opus Dei: ¡Lo que hay que hacer, se hace, ... sin vacilar, ... sin miramientos! (cfr. Camino, n.11). Era consciente de las dificultades, pero las acometía con decisión, sin temor al fracaso. Y no aflojaba en el intento a las primeras de cambio, sino que persistía con valentía y tenacidad hasta que se superaban.

Don Juan era hombre auténtico, rectilíneo, iba con la verdad por delante. Su palabra y su conducta estaban llenas de sinceridad, de veracidad. Cantaba las verdades a quien fuera, con delicadeza, pero con claridad. Decía las cosas con dos palabras mejor que con tres. A veces le bastaba el gesto, muy expresivo. Era de genio vivo, y le ponía sobre todo de mal cuerpo la mentira y aún más la doblez, cualquier traza de hipocresía. Tampoco podía resistir la verbosidad vacía, o la petulancia. Con su lúcida inteligencia, aguda, penetrante, intuitiva, captaba inmediatamente a personas y situaciones, le sobraban las explicaciones reiterativas. Iba directamente al fondo de los asuntos y le molestaban los circunloquios que hacían perder el tiempo. Si alguien trataba de engañarle, nunca lo conseguía; pero quien reconocía con humildad los fallos, se conquistaba su comprensión; su aparente dureza se ablandaba, se rendía ante la sinceridad.

El trato de don Juan era sencillo y abierto, no adoptaba actitudes defensivas. Bien sabido es que no abusaba de los formalismos sociales, que no le gustaba la cortesía postiza. Entendía que el afecto verdadero, el bienquerer, se debía traducir en obras, en hechos de ayuda y de servicio, mucho más que en manifestaciones verbales externas. Resultaba por ejemplo difícil conseguir

felicitarle por algún éxito. Y era prácticamente imposible darle un abrazo, porque su expresión de rechazo lo impedía. Sólo se dejaba vencer por los abrazos de don Eduardo Ortiz de Landázuri. Por estos motivos, alguno -alumno, colega-, en un primer encuentro, podía sacar la impresión de que don Juan era en exceso sobrio, o un tanto seco. Pero en cuanto le trataba un poco más, descubría su querer verdadero y profundo, su interés real y efectivo por sus asuntos profesionales, familiares, sociales, espirituales; su afán eficaz por ayudarle en todo; y esto con sencillez, como la cosa más natural del mundo. Realmente, su corazón era muy grande, don Juan se desvivía por las necesidades de todos. Como comentaba un antiguo alumno suyo, era como una pera en dulce, envuelta en papel de lija. Y con los años, hasta la lija se hizo suavísima.

Don Juan vivía para los demás, desprendido y olvidado de sí mismo. No buscaba nada para sí. Si se le daba alguna responsabilidad, la asumía con docilidad y espíritu de servicio, sin quejas ni exultaciones. Y ponía en ello toda su capacidad e iniciativa. Pero no tenía ningún afán de figurar, ni de recibir aplausos. Huía de los puestos preferentes, procuraba pasar inadvertido, aunque no faltaba a ninguna actividad corporativa de la Facultad o de la Universidad, porque entendía que eso era un deber de colaboración y de unidad. Rechazaba de plano la lisonja, cualquier intento de alabanza o de agradecimiento; en cuanto percibía el menor intento en esa dirección, su actitud hacía imposible continuar, cortaba al atrevido y desviaba en seguida la conversación hacia otros asuntos, a los trabajos pendientes, al experimento que tenía en marcha, a lo que hubiera que hacer. El lo hacía todo por Dios y por los hombres, como quien cumple un elemental y exigible deber.

Don Juan era muy humilde, admiraba en los demás muchos valores, y exageraba sus personales limitaciones. Se veía personalmente inútil y, sin embargo, sabía que Dios contaba con él para muchas cosas. Y él se daba sin reservarse nada. Con humildad seguía todas las indicaciones y medidas de las autoridades competentes, aunque fuera mayor su experiencia en tantas cuestiones. Durante unos cincuenta y cuatro años fue el más antiguo del Opus Dei, pero jamás lo hacía valer para nada. Esa humildad, por otra parte, se encontraba en el polo opuesto del apocamiento, no mermaba el genio de su combatividad a la hora de cumplir con todas sus obligaciones, o de defender hasta el extremo los derechos de la verdad y de la justicia en favor de los demás y de la Universidad.

Un hombre para la historia

Don Juan era un gran maestro universitario y una gran persona. Un hombre bueno y fiel, un ejemplo de cristiano cabal que lucha con todas sus

fuerzas por vivir de acuerdo con su fe, sin transigir con el error ni con las medias tintas. Se exigía a sí mismo lo más que podía. Se entregó a Dios en el Opus Dei cuando tenía poco menos de 20 años. Sabía muy bien lo que hacía. Era un camino de vida cristiana en las ocupaciones corrientes, en su caso en las propias del universitario. Todo encajaba en su mentalidad plena y radicalmente laical, de hombre metido hasta las cejas en las cosas de este mundo, por las que se interesaba como el que más. Desde el primer momento, todavía estudiante, se puso a ayudar como mejor pudo al Fundador, a quien por entonces seguían muy pocos. Don Juan jamás dudó de lo que Dios le pedía por medio de aquel sacerdote santo. Muy grande era su fe en los amplios horizontes de servicio a las almas que el Beato Josemaría había mostrado ante sus ojos. Me contaron que una vez, hace muchos años, le preguntaron a don Juan, aquí en Pamplona, cómo era posible en aquellos primeros tiempos tener tanta fe; y que él contestó rápido, para que se entendiera la naturalidad de lo sobrenatural, que aquello no era fe, que todo aquello se veía. Y es que precisamente su gran fe, le hacía visible lo invisible.

A lo largo de su vida procuró hacer todo el bien que pudo a muchas gentes, alumnos, colaboradores, colegas, personas que por su trabajo dependían de él, amigos, conocidos de todo tipo. Sus enseñanzas e investigaciones fueron plenamente coherentes con su fe. Pocos conocen aquí en Navarra sus correrías por los pueblos para sembrar cultura y mentalidad cristianas, secundando la labor de los ateneos populares o defendiendo la cultura de la vida.

Con su personalidad, con su carácter, con la entrega de su vida reciamente cristiana, fue columna firme en la que hallaron sostén muchas personas. Y ha dado buena prueba de su fidelidad y lealtad durante los más de cuarenta años de generoso servicio a esta Universidad y a su Facultad de Medicina.

Tuve la fortuna de pasar muchas horas con él en la habitación de la Clínica Universitaria a lo largo de los cuatro años que hubo de permanecer allí ingresado. Aquél hombre todo dinamismo, empuje y servicio a los demás, se veía constreñido por la enfermedad a una inactividad penosa, obligado a depender de otros, a ser servido en tantas cosas. Tuvo que sufrir mucho al verse así. Pero nunca salió de él una palabra o un gesto de descontento o queja: eso era lo que podía ofrecer a Dios. En todo ese tiempo, sobre todo cuando ya no le era posible hablar, sus miradas y gestos mostraban con frecuencia reacciones expresivas de su agudeza de siempre; o se dibujaba en su rostro una sonrisa cariñosa, comprensiva, a veces pilla, de chico que no se chupa el dedo, siempre lleno de alegría interior, tan corriente en él. Don Juan, como le decía en sus visitas nuestro Gran Canciller, seguía siendo en esa

Juan Jiménez Vargas: un profesor innovador

Como algunos de los presentes saben, pertenezco a la primera promoción de la Facultad de Medicina de esta Universidad. Más propiamente, pertenezco a la primera promoción de la Escuela de Medicina de aquel entrañable Estudio General de Navarra, cuyo nombre ha quedado perpetuado en el escudo de la Universidad de Navarra. Por consiguiente, pertenezco a un pequeño racimo de elegidos que recibimos toda la dedicación, la ilusión y hasta el afecto de un loco grupo de innovadores liderado por el profesor Juan Jiménez Vargas.

Mis recuerdos sobre don Juan se remontan a octubre de 1955 cuando comenzamos el 2º curso de una carrera de Medicina que entonces constaba de 7 años, siendo el primero un preparatorio general con asignaturas de Ciencias; de forma que era en 2º cuando iniciábamos el contacto con asignaturas propiamente médicas: Anatomía y Técnica Anatómica I, Fisiología I e Histología. La víspera de la inauguración solemne de ese curso me vine a ver el nuevo local de nuestra escuela que acababa de ser acondicionado, y que con el tiempo se llamaría la "Escuela Vieja", hoy ya desaparecida. Allí, en el pasillo central, fui presentado al nuevo Director, don. Juan, que dirigía los últimos retoques. Fue mi primer encuentro con un hombre de muy pocas palabras, serio, y que venía de Barcelona con fama de catedrático duro y exigente. El cruce de miradas de aquel primer contacto no se me olvidará jamás: toda su madurez, curtida por avatares de muy variados signos, contrastaba con la inmadura inexperiencia de mis 19 años; su mirada se me impuso pero, al mismo tiempo, la vi acogedora. Con toda sencillez nos enseñó la Escuela, más con signos que con palabras. Qué poco imaginaba entonces que aquel hombre se iba a constituir en la persona que más decisivamente habría de influir en mi vida profesional. Por eso, no les puede sorprender que mi semblanza sobre Juan Jiménez Vargas como profesor universitario vaya de la mano de recuerdos y apreciaciones muy personales.

La sorpresa del primer día de aquel curso fue que, habiendo una asignatura que se llamaba Fisiología I y para la que todos contábamos con que don Juan sería el profesor, él no nos iba a dar clase. Ponía en marcha su primera gran innovación: por primera vez en España se introducía oficialmente la Bioquímica como asignatura independiente de la Fisiología en la carrera de Medicina. Eso significó en aquel momento una revolución que le costó la enemistad de importantes colegas suyos fisiólogos que jamás le perdonarían esa "traición". (Aún lo pude comprobar 20 años después compartiendo él y yo un mismo tribunal de oposiciones). Pero, gracias a su iniciativa, nos iniciamos en la carrera de Medicina con una visión moderna -para aquel entonces-

de los hechos fundamentales de la Bioquímica. De la mano de Francesco Contadini, que a su vez bebía directamente del mejor texto de Bioquímica de aquellos tiempos, el West and Todd, recibimos formación rigurosa y actualizada de la Bioquímica contemporánea, reforzada por una minuciosa y atractiva enseñanza práctica para la que don Juan había fichado a un joven y entusiasta químico catalán, José M^a Macarulla.

He ahí el primer acierto pedagógico de Jiménez Vargas. Sabemos que morfología y función son las dos caras de una misma moneda: la vida. Pero es frecuente que los estudiantes del primer curso, atrapados por la extensión horaria de lo morfológico y seducidos por la atracción de lo corpóreo y la imagen, en unas mentes que desean el contacto físico con lo visible, descuiden la familiarización con los procesos de la vida que, además de no ser tan plásticos, exigen dominar los conocimientos de física y química. Pues bien, la docencia bioquímica que recibimos en aquel curso de 1956 nos permitió abordar el estudio de lo biológico con equilibrio, entusiasmarlos con los mecanismos, disfrutar con las prácticas y los experimentos.

Y fue así como entramos en 3^o, en donde él iba a ser ya el profesor directo de Fisiología. El estreno era mutuo: él ante un grupo insólito de 17 estudiantes; nosotros ante un catedrático nimbado por comentarios de todos los calibres. No descubro ningún secreto si afirmo que su capacidad de expresión verbal era más bien modesta; su proverbial laconismo, tantas veces glossado en anécdotas y tertulias, se reflejaba en la clase. Más aún, cuando esforzadamente uno seguía el hilo argumental que trataba de ser lógico, don Juan daba un quiebro y, con un comentario aparentemente contradictorio, nos dejaba de golpe a oscuras. Les aseguro que muchas de sus clases eran para nosotros un tormento. Si estábamos convencidos que era un sabio, ¿por qué, entonces, no nos transmitía linealmente sus conocimientos?

Hecha esta pregunta, permítanme que no retrase más la siguiente afirmación: don Juan terminó por hacerme disfrutar la Fisiología; más aún, me cautivó con ella. Y cuando al año siguiente -4^o de carrera- puso en marcha otra de sus grandes innovaciones, la incorporación de una moderna Fisiopatología dentro de la Patología General, y él abrió brecha explicándonos la fisiopatología del sistema cardiovascular, hubo clases en las que a punto estuvimos de terminar con un aplauso. ¿Por qué esa paradoja?

La docencia verbal de don Juan era difícil, sin duda, y exigía tiempo para el discípulo encontrar las claves de su pensamiento. Él, como buen investigador, quería transmitir, además, la inseguridad del conocimiento, algo que el estudiante rechaza; la tortuosidad con que la ciencia avanza; la gran extensión de la ignorancia sobre muchos aspectos. Rechazaba la simplifica-

ción. Yo creo que ése era su principal empeño pedagógico ante los jóvenes estudiantes. Porque pensaba que la seguridad en las ideas y la lógica del discurso tenían su más apropiada expresión en la docencia escrita, mientras que el intercambio verbal debía ser más sincero, más vivo y, por ende, más inseguro.

Toda la relativa penuria de su expresión hablada se transformaba en la rica solidez argumental de su expresión escrita. En un español austero, estricto, en que no sobraba una coma, vertía con matizada fluidez la lógica de los hechos fisiológicos, describía los datos con precisión, elaboraba y ofrecía el rigor de su pensamiento. Y es que don Juan necesitaba tiempo, sosiego y una cierta distancia del interlocutor para transmitir su conocimiento. Sus escritos fisiológicos, unos terminados y otros sólo iniciados, son para mí una joya de literatura científica; no por el deslumbramiento de la brillantez retórica, sino por el rigor con que adecuaba las palabras y los términos a las ideas.

Hubo otro espacio en el que don Juan brilló como docente y, de nuevo, innovó en la Medicina de aquellos años. Fue en el laboratorio de prácticas. En unos años en los que las prácticas casi brillaban por su ausencia o eran extremadamente ramplonas convirtiéndose en tediosas demostraciones, Jiménez Vargas nos metió en el laboratorio a todos los alumnos, sin distinción. Durante tardes enteras y hasta bien transcurrido el anochecer, veíamos, registrábamos y discutíamos las respuestas en los animales de experimentación. Y él con nosotros. A veces, cuando el teléfono le obligaba a salir, le jugábamos alguna broma. Pero lo que nos dejó bien claro desde el principio fue que docencia teórica y práctica habían de ir de la mano, y que la docencia práctica no es terreno sólo para ayudantes, sino que es ahí donde el buen profesor, por experimentado y veterano que sea, ejerce su mejor y más auténtico magisterio.

De don Juan aprendimos también la lección de la dedicación total a la tarea profesional, en su caso a la tarea universitaria; desde la primera hora de la mañana, compartiendo con nosotros "La Villavesa" especial de la Escuela, hasta la última de la noche. Porque tenía que formarnos; pero, además, tenía que hacer una Escuela de Medicina prestigiada. Y para él era evidente que el prestigio no proviene de unas brillantes relaciones públicas sino de un trabajo bien hecho. Había que publicar trabajos científicos, había que hacerse ver con una Revista bien editada y con sólido contenido, había que conseguir que el nombre de la Escuela figurara y fuera reconocido. Y eso exigía una enorme cantidad de dedicación en tiempo y en esfuerzo.

Éstas son, a grandes rasgos, las que mi recuerdo retiene como las mejores enseñanzas que unos alumnos de Medicina recibimos de su profesor de

Fisiología. Pasaron los años; aquella primera promoción terminó la carrera con la noción de que don Juan había cedido su protagonismo en favor de otro gran maestro, justo en el momento en que nuestra promoción celebraba su paso del ecuador, febrero del 58. El invitado de honor de ese paso del ecuador fue el profesor Eduardo Ortiz de Landázuri. Ocho meses después, don Eduardo nos impartía la primera clase de Patología Médica en la recién estrenada "Escuela Nueva".

Al terminar la carrera comenzó para mí una época de gran enriquecimiento personal porque iba a recibir durante cuatro años, directamente del maestro Jiménez Vargas y sin límite de horas, su formación y su enseñanza con toda la plenitud de su magisterio. Él me invitó a trabajar con él, aunque orientado hacia la Farmacología, porque tenía muy claro que el buen farmacólogo necesitaba tener una sólida base de bioquímica y de fisiología. Fue entonces cuando descubrí al don Juan de los detalles. El de la prudencia y la sagacidad; el que se retorció las manos para no responder a una provocación; el que callaba antes de herir a nadie; el que estaba pendiente de las necesidades económicas de quienes entonces empezábamos; el que, sufriendo con unos aparatos absolutamente trasnochados, prohibía que se le adquiriera otros modernos y más precisos, en tanto los demás profesores no consideraran cubiertas sus necesidades. Quizá sea éste el momento en que don Juan deba enterarse que un día, harto de su prohibición, me las ingení para que entrara en el presupuesto de la Facultad sin su consentimiento un polígrafo Beckman nuevo para Fisiología. Sé que le sacó un gran rendimiento y espero que, a estas alturas, me perdone mi desobediencia.

Quiero que mi última pincelada como discípulo sobre el retrato de don Juan como profesor y maestro sea la cualidad que, quizá, a mí más me impactó: su capacidad de desprendimiento. Tras la tesis doctoral realizada y, sobre todo, vivida con él marché a Estados Unidos para doctorarme en Farmacología, y como tal volví tres años después. Su ilusión era que, aun dedicándome a la Farmacología, siguiera trabajando con él en el laboratorio. Yo pensaba de manera distinta; y a los tres días de volver abordamos el tema paseando por detrás de la Escuela Nueva que entonces tenía acceso directo al Hospital de Navarra y al entrañable pabellón F. Empezó a exponer sus planes, y le corté: "D. Juan, creo que lo mejor es que empiece a trabajar en la Farmacología de forma independiente; traigo mis propios proyectos". Me miró, calló unos instantes, y me dijo: "Bueno, entonces lo mejor es que hagas...". Y como si nada hubiera ocurrido me dio unos cuantos consejos. Jamás volvió a insistir.

No es una anécdota baladí. No pocas veces he visto después profesores poniendo zancadillas a sus discípulos, celosos de su nombre y de su gloria,

impidiéndoles que vuelen solos y se independicen. Don Juan nos enseñó a estar siempre disponibles, a dar todo sin pedir nada a cambio, a trabajar sin esperar el reconocimiento, a ser exigentes con uno mismo, a ser generosos, a tener curiosidad científica y ganas de saber, a gastar tiempo haciendo cosas sencillas por encumbrado que se esté en el escalafón, a tratar de pasar desapercibido, a alegrarse con el triunfo de los demás y a saber citar los éxitos científicos de los compañeros.

No era fácil conocer a don Juan; había que estar muy cerca de él para calibrar toda la riqueza de su personalidad. Me considero un ser auténticamente afortunado por haber recibido, en los años más decisivos de mi formación profesional, el rico manantial de su magisterio y de su humanidad. Quizá fue por eso por lo que el pasado 29 de abril, cuando colgué el teléfono tras recibir la noticia de que don Juan acababa de morir, me sentí definitivamente huérfano.

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector

Excelentísimas Autoridades

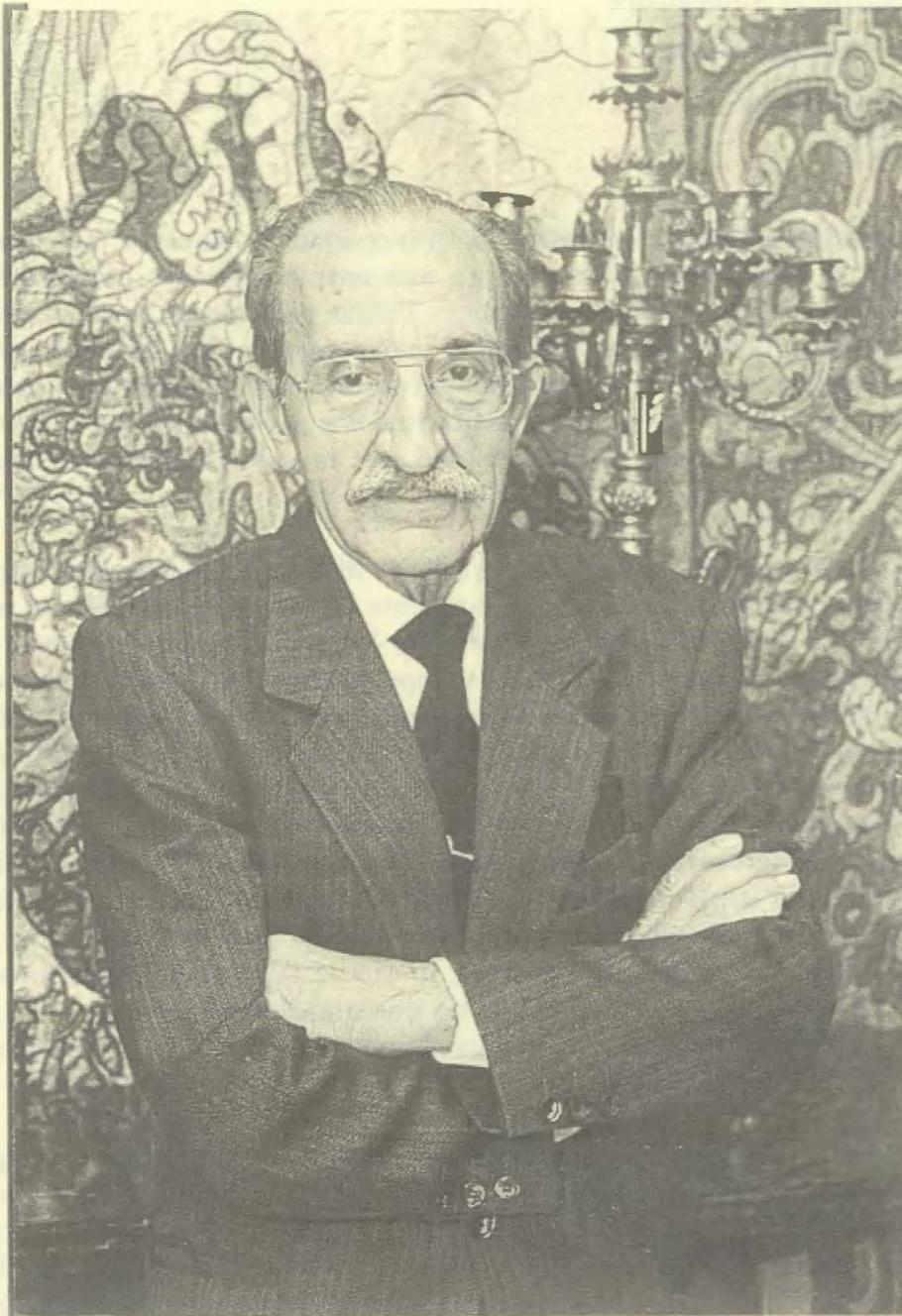
Compañeros de Claustro

Señoras y Señores

Agradezco profundamente a la Universidad de Navarra -tan querida para mí- la invitación a participar en este entrañable Acto Académico en memoria del profesor don Juan Jiménez Vargas para glosar su obra científica. Es un gran honor que acepté con el mayor agrado. Con mi participación cumpla un gustosísimo deber de justicia con un gran universitario y científico -con un gran fisiólogo- al que muchos tuvimos por maestro, y que tanto ha contribuido a enriquecer la Universidad y el mundo científico de nuestro país.

Cuando en el año 1.968 pasé a trabajar directamente con don Juan, mi trayectoria profesional quedó definitivamente dirigida a la enseñanza e investigación en Fisiología. Desde ese momento he venido entendiendo con más claridad, a medida que transcurría el tiempo, el gran privilegio de haber colaborado con él estrechamente. He sido testigo inmediato, como otros muchos, del rigor con el que nos formaba, en el empleo de la metodología y en la interpretación de los resultados; de su gran sentido de observación, y su capacidad para captar lo esencial; de sus comentarios escuetos, casi telegráficos a veces, pero certeros, que hacían reconducir una situación inesperada; de su disponibilidad y generosidad casi ilimitada para atender a los que solicitaban su consejo. Era admirable su enorme capacidad de trabajo, con un gran sentido del aprovechamiento del tiempo, lo que le llevaba a dedicar muchas horas al estudio, a la puesta al día de las investigaciones en curso, y al Laboratorio experimental. Todo esto explica el alto rendimiento de su trabajo y la fecundidad de su obra científica y universitaria.

Poseía el profesor Jiménez Vargas un conocimiento profundo y amplísimo de la Fisiología, particularmente de la Fisiología Humana, formación que comenzó en el Instituto Cajal de Madrid (1939-1942), como colaborador de Química Biológica. Poco más tarde, su estancia en el Instituto de Fisiología de Zurich (1942 y 1943), que dirigía el Profesor W.R. Hess, eminente fisiólogo de la primera mitad del siglo, dejaría en él una profunda huella. Tenía, así mismo, una vasta cultura científica y una sólida formación médica que inició en las clínicas de los profesores Jiménez-Díaz, primero, y Enríquez de Salamanca, después (1939-1942).



D. Juan Jiménez Vargas, en el Rectorado, en Octubre de 1990.

Esa extensa y honda preparación fisiológica y médica, que se esforzó en acrecentar de forma extraordinaria a lo largo de su vida, le llevó a desarrollar una tarea científica de gran alcance, con aportaciones especialmente relevantes en algunas áreas de la Fisiología; a promover y realizar trabajos de investigación médica en colaboración con diferentes especialistas clínicos; y a poner en marcha y materializar iniciativas universitarias, científicas y culturales de grandes proporciones. Dotado de una inteligencia clara y penetrante y una gran amplitud de miras, supo ver con claridad qué orientación habría de tener la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra que nacía bajo su inmediata responsabilidad y dirección. Por eso, acertó plenamente cuando incorporó al profesor don Eduardo Ortiz de Landázuri, tan querido y admirado por todos, para que fuera el eje sobre el que pivotara la enseñanza clínica.

La labor científica y universitaria, tan extensa y profunda, desarrollada por el profesor Jiménez Vargas, fruto de un extraordinario trabajo continuado de más de cincuenta años, resulta totalmente desproporcionada en relación al reducido número de jóvenes colaboradores inmediatos que tuvo en cada momento, y a la precariedad de medios materiales en determinadas fases de su vida científica. Hay que tener presente que su trabajo científico lo inició el año 1939 y su primera publicación es de 1940. En esa época, el nivel de desarrollo y en consecuencia la dotación de infraestructura básica para la investigación en nuestro país, no facilitaba precisamente la tarea científica. No obstante y poniendo un empeño difícil de superar, en diez años -hasta 1950- todavía en Barcelona, publicó el profesor Jiménez Vargas más de treinta y cinco trabajos de investigación fisiológica en revistas científicas, tres libros de texto para estudiantes, y numerosos artículos de revisión de diversos temas de Fisiología.

Durante su larga etapa de Pamplona, contó con un pequeño grupo de profesionales -administrativos y técnicos- a los que formó magistralmente y que en sintonía total con sus objetivos, contribuyeron eficazmente a la continuidad del trabajo científico. En todos los momentos de su trayectoria científica dedicó una atención permanente a los más próximos colaboradores, y al mismo tiempo supo mantener una estrecha relación con especialistas médicos de reconocido prestigio, con los que llevó a cabo trabajos experimentales de aplicación clínica. Al cabo de los años, somos muchos los profesores universitarios y científicos que nos hemos formado a su lado. De alguna manera, constituimos también parte de su obra científica. En no pocos casos la orientación de nuestra investigación y de nuestro trabajo ha tenido su comienzo en estudios ya iniciados con él, o en comentarios o sugerencias que dejaba deslizar oportunamente.

Su extraordinario sentido del pudor para tratar de cosas personales le llevó a vivir hasta sus últimas consecuencias el pasar oculto, llegando a cons-

tituir una característica esencial de su modo de proceder. Hasta los más cercanos colaboradores, de distintas etapas, desconocíamos trabajos suyos de investigación, relevantes, publicados en otras épocas. Trabajar mucho y hablar poco de ello, fue una constante en la vida de don Juan, lo que ponía de manifiesto una condición humana poco común, y en el fondo, una profunda humildad. Ese modo de comportarse, explica en parte, que su obra científica y universitaria sea menos conocida y valorada de lo que razonablemente cabría esperar. A los que trabajamos durante años a su lado también nos puede corresponder alguna parte de responsabilidad en ello. Conociendo su forma de actuar, y aún teniéndole en altísima estima, tal vez no supimos siempre dar a conocer la realidad de sus aportaciones. En descargo nuestro hay que decir que teníamos que cuidar al máximo que no llegara a sus oídos comentarios elogiosos pronunciados, alguna que otra vez, de forma espontánea.

Tras obtener la Cátedra de Fisiología General y Química Biológica y Fisiología Especial en la Universidad de Barcelona en el año 1942, reanuda su investigación iniciada en el Instituto Cajal en Madrid. Ya había publicado para esa fecha una serie de trabajos científicos sobre el papel del ácido ascórbico y la vitamina B en diferentes funciones del organismo.

El año 1948 publica uno de los primeros trabajos experimentales conocidos sobre las variaciones del calibre bronquial, describiendo un nuevo método para su valoración. Desde esa fecha y hasta 1987, mantiene ininterrumpidamente una línea de investigación orientada al estudio de los reflejos respiratorios y la función pulmonar. Sin temor a exagerar se puede afirmar que el profesor Jiménez Vargas ha sido uno de los investigadores que más aportaciones relevantes ha realizado al conocimiento de los reflejos respiratorios que tienen su origen en las vías altas. En esta línea de investigación hace descripciones inéditas sobre variaciones experimentales del calibre bronquial en las microembolias pulmonares y bajo los efectos de sustancias endógenas y diferentes agentes terapéuticos. Tras su traslado a Pamplona en 1954, para poner en marcha la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, y disponiendo de escasísimos medios en esos primeros años, reanuda su investigación, y en el año 1958 aparece la primera publicación de esta etapa en la que describe, con la colaboración de los profesores Mouriz y Miranda, las manifestaciones respiratorias y laríngeas en la tos. Profundiza en este tema y demuestra por primera vez que la dilatación de la glotis es un componente esencial en la respuesta tusígena. Estos hallazgos modificaron las interpretaciones clásicas de la tos, y se recogieron en el *Handbook of Physiology*, el tratado enciclopédico de Fisiología más prestigioso que existe. Estos estudios básicos, continuados por algunos de sus colaboradores, han tenido un especial interés aplicativo y son de permanente actualidad entre investigadores y especialistas clínicos.

Relacionado con esta línea de investigación, describe por primera vez, que en el vómito se produce una modificación sustancial en los mecanismos de integración respiratoria a nivel bulboprotuberancial, que se traduce en la contracción simultánea de músculos torácicos y abdominales que en la respiración normal se contraen de forma alternativa. Estos trabajos suponían, al mismo tiempo, una descripción nueva de la respuesta emética. Fueron también recogidos en el *Handbook of Physiology* como aportaciones inéditas y han sido referencia obligada para investigadores posteriores.

A lo largo de toda su vida científica mostró el profesor Jiménez Vargas un especial interés por el funcionamiento del cerebro humano. Fruto de ello lo constituyen una serie de trabajos que comienzan en los primeros años de la década de los cuarenta. Así, en el año 1944, publica los primeros estudios científicos conocidos en España sobre los fundamentos e interpretación del electroencefalograma. Para esa fecha existía muy poca información disponible sobre este tema en el mundo científico, después de las primeras descripciones conocidas realizadas por Caton (1842-1926) y Berger (1893-1941). En ese mismo año y siguientes, y en colaboración con el doctor Barraquer-Ferré, publica una serie de trabajos sobre las variaciones electroencefalográficas en la enfermedad epiléptica y en diferentes situaciones emocionales. Valora en otra serie de publicaciones los efectos cerebrales de diferentes sustancias endógenas. Más tarde, y ya en su etapa de Pamplona, impulsaría este tipo de estudios que se materializarían en trabajos clínicos en colaboración con el profesor Teijeira, jefe del Servicio de Neurofisiología de la Clínica Universitaria. En esa dirección está, asimismo, el diseño de un modelo experimental para el estudio de situaciones de coma y muerte cerebral. Esta serie de trabajos de investigación se publicaron entre los años 1979 y 1987. Primero estudia, en animal experimental, la génesis de los potenciales evocados visuales. Posteriormente utiliza esta técnica junto con el electroencefalograma y el registro de parámetros cardiorrespiratorios, en el modelo de coma experimental que había diseñado. Describe por primera vez la reversibilidad del coma etílico tratado con naloxona tras la aparición de registro plano mantenido en el electroencefalograma y en ausencia de respuesta evocada a la estimulación visual, trabajo de especial interés aplicativo, ampliamente citado en la bibliografía.

Apartado destacado en su trabajo científico lo constituye también la serie de estudios experimentales, iniciados a finales de los años sesenta, dirigidos a un mejor conocimiento de mecanismos nerviosos centrales implicados en la ovulación y la reproducción, en los que hace aportaciones singulares. Así, describe la existencia de mecanismos reflejos que en determinadas condiciones experimentales pueden desencadenar la ovulación, aún en un prototipo de animal de ovulación espontánea y regular, como la rata. Pone de manifiesto la participación de mecanismos dopaminérgicos y serotoninérgicos

en diferentes localizaciones del Sistema Nervioso Central implicados en el control de la ovulación y la reproducción. Para ello puso en marcha un estudio multidisciplinar utilizando técnicas morfológicas, fisiológicas y neuroquímicas. Estos trabajos fueron ampliamente citados en la literatura científica especializada.

A lo largo de su trayectoria profesional llevó a cabo estudios experimentales diversos sobre las funciones cardíaca y hepática, enzimas digestivos, proteínas plasmáticas y una serie de trabajos sobre la micción, describiendo en detalle el control motor del esfínter externo de la uretra.

Su labor científica, que obligadamente hemos expuesto de forma tan abreviada, se materializó en cerca de cincuenta tesis doctorales y en un elevado número de artículos científicos en revistas especializadas, así como numerosas ponencias y comunicaciones en Congresos científicos internacionales y nacionales.

Además de lo ya señalado, publicó catorce libros y numerosos artículos monográficos y apuntes de clase de Fisiología. Los libros están escritos con carácter fundamentalmente docente, pues son manuales para estudiantes y postgraduados. Algunos están dirigidos a completar la formación de profesionales de la Medicina. De entre ellos, merece subrayarse, por su enorme difusión y aceptación, la *Físicoquímica Fisiológica*, el denominado "Jiménez Vargas-Macarulla" como le han venido nombrando los estudiantes de Medicina. Se publicó, por primera vez, en 1964, con numerosas ediciones y reimpressiones posteriores. Ha sido durante muchos años un libro clásico en las Facultades de Medicina de todo el país. Tuvo su origen en otro anterior publicado en Barcelona en 1943.

Otros títulos destacados son *Aborto y Contraceptivos*, con numerosas ediciones, escrito en colaboración con el profesor G. López García, con el que publicaría otros libros y monografías. *Neurofisiología Psicológica Fundamental*, en colaboración con el profesor A. Polaino-Lorente, *Personalidad y Cerebro*, etc.

La preocupación que siempre tuvo el profesor Jiménez Vargas por la formación integral del estudiante universitario y del profesional de la Medicina, se tradujo en numerosos escritos y consideraciones sobre la Educación Médica, que en ocasiones incluso aparecieron en prólogos de algunas de sus monografías. De una forma discreta esas ideas fueron incorporadas parcialmente en memorias docentes de profesores universitarios formados en su entorno.

No obstante la extensión y calado de su obra, y la decisión con la que el profesor Jiménez Vargas se esforzó en materializar su labor científica, universitaria y cultural, en diferentes publicaciones, hay que señalar que parte de sus estudios no han visto la luz, por falta de tiempo. Hasta en su última etapa, ya jubilado, seguía dedicando horas, con gran ilusión y tenacidad, a la elaboración de varios tratados monográficos sobre diversos temas de Fisiología, con un interés particular sobre aquellos que hacen referencia a las bases fisiológicas de la persona humana.

Como expresión del interés que siempre mostró el profesor Jiménez Vargas por elevar el nivel científico y médico de nuestro país, desplegó una gran actividad impulsando y llevando a término importantes y audaces iniciativas científicas y universitarias, que habrían de dejar una profunda huella. Así, en 1943 reorganizó el Instituto de Investigación de la Diputación de Barcelona e impulsó la creación de la Sección de Fisiología Humana del Instituto Español de Fisiología y Bioquímica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En 1945 fundó la Revista Española de Fisiología, una de las revistas científicas más acreditadas de nuestro país, de gran difusión internacional, publicación que codirigió hasta el último momento con el profesor F. Ponz. En 1954 inició el trabajo de puesta en marcha de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, con todo lo que llevaba consigo impulsar una empresa universitaria de esas dimensiones. En el año 1957 fundó la Revista de Medicina de la Universidad de Navarra, de la que fue su primer director.

La extraordinaria labor científica y universitaria desarrollada por el profesor Jiménez Vargas no se entendería bien si se olvidara que don Juan fue un hombre de una profunda fe cristiana que le llevó a impregnar de visión sobrenatural su tarea profesional y que orientó toda su vida. Así se explica el coraje y la fortaleza con la que emprendió y culminó iniciativas universitarias, científicas y culturales de tan gran alcance. Esa realidad vivida en profundidad ayuda a entender, también, que hiciera de la Ciencia un auténtico servicio a la verdad y al hombre con el que claramente vivió comprometido. Y toda esa gran tarea la realizó de forma callada y silenciosa. Pienso que tendrán que pasar años para que sea debidamente conocida y valorada su gran labor.

El recuerdo de su vida y su obra, será siempre para los que fuimos sus discípulos y colaboradores un motivo constante de gratitud y un ejemplo permanente en nuestro trabajo científico y en nuestro quehacer profesional. Para muchos otros que no le conocieron de cerca, será una buena referencia en la que podrán encontrar un excelente modelo de científico y universitario, veraz y sobrio, que movido por grandes ideales y trabajando intensamente,

desarrolló el conocimiento fisiológico, con aportaciones relevantes. Que emprendió y llevó a término grandes empresas universitarias y científicas, y se entregó generosamente a la formación de los demás.

Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina

Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina.

Y con la llegada de don Juan a la Escuela de Medicina, se inicia una etapa de gran actividad y productividad que se prolonga hasta su fallecimiento. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina.

Para empezar, he de decir que don Juan permaneció en la Escuela de Medicina en un momento de gran actividad y productividad que se prolonga hasta su fallecimiento. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina.

Lógicamente, una parte de la actividad de don Juan se desarrolló en la Escuela de Medicina, pero una parte importante se desarrolló en el Hospital de Navarra. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina. Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina.

Gonzalo Herranz Rodríguez
Profesor Ordinario de Bioética

No hubo... y se dedicó a... y se dedicó a...

Don Juan y los primeros años de la Escuela de Medicina

Nuestro Decano, Pedro Gil, me pidió que interviniera esta tarde para contar algunos recuerdos de los primeros años de don Juan en la entonces llamada Escuela de Medicina del Estudio General de Navarra. Le dije que lo haría. Y lo hago con mucho gusto.

Y con la conciencia de estar cumpliendo un deber. Me siento obligado a hablar de don Juan, al menos por practicar lo que enseñó a mis alumnos, cuando les hablo del deber hipocrático de venerar a los que nos han enseñado el arte y la ciencia de la Medicina. A veces pienso que los de ahora no nos lo merecemos tanto como los de antes. De todas formas, los verdaderos maestros siempre han de cargar, por mucho que les pese, con esa estimación y reverencia. Gracias a Dios, sólo después de la muerte se puede cumplir ese deber, como lo estamos haciendo hoy, con soltura, sin trabas a la libertad de expresión del que recuerda, y sin herir la modestia del recordado. En el caso de don Juan, alabarle en la cara hubiera sido, cuando menos, una actividad de riesgo elevado.

Para empezar, he de decir que don Juan merece toda mi gratitud. Confió mucho en mí y creo que debo pagarle de algún modo lo mucho que le debo. Ignoro las razones por las cuales don Juan un día, a comienzos de octubre de 1956, le dijo a Álvaro del Amo que me llamara a Barcelona para invitarme a venir a Pamplona y hacerme cargo de la enseñanza de la Histología a los alumnos que aquel año cursaban el segundo año de la licenciatura. A los pocos días, después de dar un mínimo de formalidad a la invitación recibida y de arreglar algunos asuntos profesionales, me vine a Pamplona.

Lógicamente, me puse a trabajar. La Escuela Vieja -muchos la recordáis- era pequeña. Estaba alojada en la esquina más extrema del recinto del Hospital de Navarra, pero era todo lo contrario a algo arrinconado o remoto. Todavía lo recuerdo: lo primero que hizo don Juan fue enseñarme las estanterías de revistas. Yo exultaba y él permanecía impertérrito, aunque me lo imagino complacido en el fondo de ver mi reacción. Allí estaban las grandes revistas, las que guían el avance de la Medicina, las que no he dejado de ver cada semana, las que le curan a uno del peligro de volverse intelectualmente perezoso, de apueblerinarse en lo profesional. Todo era fruto de un intenso empeño de intercambio con la Revista Española de Fisiología. Pamplona era, en lo bibliográfico, mucho más cosmopolita de lo que nadie pudiera imaginar.

No había entonces mucho dinero. El poco que había se gastaba con sabiduría y audacia. Pronto me dijo don Juan que hiciera una lista: de libros



D. Juan Jiménez Vargas, en el Curso 1984-85

y de revistas, de aparatos y reactivos. Eran aquellos los tiempos del famoso reajuste económico, unos años de escasez y penitencia financiera, de preparación para los prósperos años sesenta del desarrollo económico. Don Juan organizó y capitaneó una expedición a Alemania para comprar lo necesario y urgente. Se fue allá con José Ona, Carlos Schick y Álvaro del Amo. Regresaron como los Reyes Magos, con un furgón lleno a rebosar de aparatos, reactivos y libros. Aunque de momento las cosas se quedarán en la aduana, llegaron al fin: aquello fue una ayuda formidable para todos.

Don Juan estaba en todo. De una modestia excesiva pero sincera, ocultándose hasta la extenuación, don Juan ejercía el liderazgo que la naciente Escuela de Medicina necesitaba en aquel momento. No sólo decía lo que había que hacer: ayudaba a hacerlo. Si había que terminar una tesis, se quedaba ayudando hasta las tantas. Y corregía el texto con una capacidad increíble para descubrir incoherencias o cursiladas. O se ponía a pegar las fotomicrografías, o iba a la Venta de Andrés a por unos refrescos, o llevaba los ejemplares al encuadernador. Era el Decano y hacía todo eso porque era un tipo muy especial de líder.

No quiero imaginarme la cara que pondría don Juan si me escuchara hoy decir que él fue un tipo muy especial de líder. Pero lo fue. No era simplemente un hombre expeditivo, un manager, que resolvía los problemas de la Escuela, que la dotaba de organización, o la establecía en un contexto. Animaba con una solicitud que no necesitaba de muchas palabras. Preguntaba simplemente: ¿Cómo va eso? Y eso podía ser cualquier cosa: desde terminar un trabajo para el número de la Revista de Medicina que había que mandar a la imprenta hasta la preparación de unas oposiciones a cátedra. Preguntaba ¿cómo va eso? no para informarse, sino para saber en qué y cómo echar una mano. Se daba cuenta cuando a uno se le ponían las cosas cuesta arriba o cuando el alma se le caía a uno a los pies.

No era un líder de los que encienden con la palabra, un líder, con perdón de don Juan, inspiracional: prefería ir por delante en el trabajo, arrimar el hombro. Su conducta despertaba en cada uno de nosotros el sentido moral del esfuerzo, de la responsabilidad, de la repugnancia por lo superficial e inauténtico. Daba ejemplo, pero no achuchaba. Usó con mucha eficacia y originalidad lo que me parece que se podría llamar el liderazgo de la comunicación no verbal. Hacía infinitamente más que hablaba.

No era un líder negociador, que animara a los otros con un juego de conveniencias y transacciones, que estimulara con promesas o premios, con cosas externas. Era un líder transformacional, al que le interesaban las personas, que cambiaba a los que estaban a su lado en gente espabilada y genero-

sa. En poco tiempo, nos conocía muy a fondo. Y asumía, con mucha decisión y energía, su papel de líder, tanto cuando las cosas se prometían muy felices, como cuando se presentaba alguna papeleta muy difícil y tenía que provocar dolor. Nada hay más generoso ni que, a la vez, más duro para quien dirige que tener que decir a un colaborador valiosísimo pero inadaptado: "Tu futuro no está aquí. Tu sitio no es este. Es tal otro. Al lado del profesor Tal y Cual, podrás llegar mucho más lejos que quedándote aquí. Porque quedándote aquí no serás feliz y nos harás infelices a los demás". Más de uno debe una carrera académica muy brillante a esa entereza de don Juan, a la capacidad que él tenía de rectificar sus propios errores, de sacrificarse por el bien de los que se habían confiado a él, de separarse de los que él mismo había llamado.

Muy pocos Catedráticos de Medicina se hubieran atrevido a embarcarse en la empresa de empezar ex novo una Facultad de Medicina en los años 50. Dadas las circunstancias económicas y de política universitaria del momento, se trataba de algo humanamente descabellado. Conviene recordar que las cosas entonces no eran como ahora: ahora abundan los profesores y si hay dinero se los puede contratar. Entonces, había que hacerlos. Para don Juan, el precio de hacer la nueva Facultad de Medicina no era simplemente dejar una segura cátedra vitalicia para trasladarse a otra contingente. Era empezar de cero, buscar y formar un equipo humano, crear un ambiente, adaptarse a un terreno profesional y social nuevo. Mucho más que una cuestión de medios materiales, era un asunto de espíritu.

Don Juan tenía una formidable capacidad de conectar con sus colaboradores y auxiliares. Era llamativa la llaneza con que los trataba. Y ellos le correspondían con una lealtad fiel, personal, adicta. Formaban un grupo muy especial: Camino Madoz, Conchita Iglesias, José Ona, Jesús Labarquilla, Esteban Ayanz, José Garde, Galo, Bienvenido. Y fuera de la Escuela, había veterinarios, Secretarios de Ayuntamiento, grabadores, linotipistas, jefes de taller, que le guardaban perros y gatos para los experimentos, que ejecutaban los trabajos de imprenta de la Revista, que reparaban aparatos de laboratorio, poniendo en ello un entusiasmo especial.

Bajo su apariencia enjuta, don Juan ocultaba un corazón valiente y generoso. E inmensamente capaz de confiar. Su pedagogía, que había aprendido del Beato Josemaría, consistía más en un abnegado hacer a los otros, que en un egolátrico hacer para sí mismo y en propio beneficio; en hacer que los que venían detrás empezasen donde él había llegado.

Nos ayudó de mil maneras. Como he dicho en otra ocasión: "no nos dejaba pasar una, pero nunca nos humilló". Nos vacunó contra la vanagloria, trasplantándonos su agudo sentido del ridículo. Acudía a nuestras primeras

clases, para ayudarnos a superar latiguillos o nuestras subidas de tono. Con implacable modestia intelectual nos libraba de la tentación de la petulancia que tanto daño hace a los profesores noveles a los ojos de los alumnos. Nos dedicó su tiempo. Renunció a publicar él unos cuantos trabajos más al año, pero nos hizo unos hombres.

Todo eso lo hacía como la cosa más natural del mundo. Había venido a Pamplona a sacar adelante una Facultad de Medicina. En aquellos primeros años, mientras fue Decano, vivió con la convicción permanente de que su encargo no estaba tanto en buscar dinero, en revisar planos de edificios muy funcionales o en construir organigramas muy eficientes, sino en convertirnos a un puñado de chisgarabís en profesores eficientes y enamorados de su trabajo.

José María Basterra Elizalde
Escritor y Magister

Ilustrísimo Sr. Decano de la Facultad de Medicina
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores
Compañeros del Claustro Académico
Señoras y Señores

A lo largo de las disertaciones de los que me han precedido hemos ido recorriendo la trayectoria académica y se han traído a la memoria con afecto y admiración rasgos definitorios de la personalidad -difícilmente imitable- de nuestro querido y recordado profesor y compañero don Juan Jiménez Vargas. Poco más puedo añadir, entre otras razones porque no tuve la fortuna de convivir con él ni de mantener un trato asiduo, aunque la atractiva humanidad de don Juan era bien conocida por todos, incluso por los que pertenecíamos al campus de nuestra Universidad en San Sebastián.

Sin embargo, aun a riesgo de repetir ideas ya expresadas con una brillantez que no me es alcanzable, haré unas breves reflexiones sobre el ejemplo que su vida nos brinda en estos momentos en que nuestra Universidad, como todas las de España, está inmersa en un proceso de acusada renovación.

Como es sabido, hace apenas dos meses nuestra Universidad ha sido galardonada por el Gobierno Foral con la Medalla de Oro de Navarra, que es la máxima distinción que se otorga en este Viejo Reyno. Con ese Premio se ha querido distinguir a esta Universidad por su relevante contribución al desarrollo cultural y económico, durante estos cuarenta y cinco años, desde que se estableció el Estudio General de Navarra en aquella aula habilitada en la Cámara de Comptos Reales. Quienes ahora nos encontramos al frente de la Universidad somos conscientes de que, en este reconocimiento público, se ha vuelto a repetir el aforismo evangélico de que **“uno es el que siembra y otro el que recoge”**, y no se nos olvida que poco mérito tiene el segador, frente a quien no sólo ha sembrado sino que, además, ha cuidado la planta a medida que iba creciendo, con esfuerzo, abnegación y generosidad.

Don Juan fue uno de los primeros sembradores. Y durante cuarenta años gastó su vida en el empeño de hacer que esta Institución Universitaria respondiera fielmente al ideal forjado por su Fundador, el Beato Josemaría. No me parece inexacto afirmar que la presencia temprana del proferor Jiménez Vargas para iniciar la Escuela -más tarde Facultad- de Medicina fue una muestra muy singular del amor del Beato Josemaría por esta Universidad, pues no dudó en enviar aquí a uno de sus más antiguos hijos en el Opus Dei,

aun a costa de truncar su trayectoria docente e investigadora en la Universidad de Barcelona, que auguraba lo mejor. Y es que don Juan, formado durante muchos años a la vera de nuestro Primer Gran Canciller, tenía las virtudes, la fortaleza y la generosidad necesarias para ser un pilar enterrado que diera solidez al edificio que se estaba levantando.

Entre sus numerosas convicciones, que hacía vida diaria, destacaría aquella de que *son las personas con ideales altos las que pueden dar el salto desde lo imposible a la realidad que pretenden alcanzar*. Toda su dilatada existencia fue un ejemplo maravilloso de esa magnanimidad que le llevó a superar, con reciedumbre y pragmatismo, sin una queja, afrontándolas con creatividad, las dificultades materiales de los comienzos, y a no empequeñecer el horizonte de su trabajo al anteponer limitadas, aunque legítimas, aspiraciones personales al bien general. Esto le llevó a aceptar cargos de gobierno en la Facultad o a dejarlos silenciosamente para servir donde conviniera, sin reclamar derechos de los que nunca se sintió poseedor.

Si, glosando una idea que repetía con frecuencia el Beato Josemaría, podemos decir que las paredes, en la Universidad de Navarra, **parecen de piedra pero son de amor**, por deberse a la autodonación silenciosa y anónima de tantas personas, de don Juan cabría afirmar que aunaba la solidez de la *piedra* y el *amor* desinteresado y generoso para con *su* Universidad y para con todos los que le trataban, aunque, como todos sabemos, procurara esconder ese cariño pudorosamente.

Como he afirmado al principio, nuestra Universidad se encuentra ahora en un apasionante proceso de crecimiento interno. Bien es cierto que toda Universidad genuina se halla siempre en periodo de permanente desarrollo, pues la ambición de alcanzar la excelencia, consustancial a la vida universitaria, elimina cualquier tipo de cómodo conformismo. Sin embargo, me atrevo a aseverar que esta necesidad es especialmente acuciante en la Universidad de Navarra, por exigencia de su ideario fundacional, que reclama de nosotros el empeño de poner a Cristo en la cumbre del quehacer universitario, para lo que, en estos momentos, hemos recibido un requerimiento explícito de nuestro Gran Canciller, que -sin desconocer las dificultades que presenta este propósito- nos ha puesto ante el reto de que en un medio plazo la Universidad de Navarra alcance un merecido prestigio investigador al máximo nivel internacional, en unas cuantas áreas del saber. También es razón imperiosa la obligación de mantener una docencia de la más alta calidad, que asegure la formación personalizada de los estudiantes y les facilite el pronto acceso al cada día más difícil mundo del trabajo.

A todo ello se une la rápida evolución de la sensibilidad laboral, que no admite una Universidad aislada del contexto social en el que se inserta. Por

estas circunstancias, que no parece vayan a cambiar, al menos en bastantes años, la institución universitaria se encuentra abocada -afortunadamente, en mi opinión- a incorporar en su quehacer diario los logros logísticos y operativos propios de otras organizaciones y a asumir la dinámica del cambio como uno de los elementos ineludibles para su planificación estratégica. Y esta relevante transformación interna debe realizarse sin que se desvirtúe aquello que constituye la peculiar riqueza de la Universidad, esto es, la búsqueda apasionada de la verdad en esa comunidad fecunda que resulta de la convivencia y el diálogo libres, afectuosos, transparentes y sin reservas, entre profesores y estudiantes.

Ante este panorama, resulta estimulante y enriquecedor acudir frecuentemente, como a referentes ejemplares, a quienes en circunstancias análogas a las nuestras, aunque sin duda más adversas y difíciles, supieron estar a la altura de lo que se les pedía.

Don Juan es un ejemplo luminoso de *fe firme* ante lo que se antojaba en tantas ocasiones como imposible. Es el prototipo del auténtico universitario que supo renunciar al brillo más o menos efímero de su prestigio personal, para cultivar la luminosidad duradera que procede de *compartir, sin restricciones, generosamente, su saber y su vida* con sus estudiantes y sus discípulos, para que con el tiempo llegaran a superarle: nunca cortó las alas a nadie, pero tampoco aceptaba, ni pactó jamás, con la chapuza o con lo inauténtico. Y siempre, en palabras del profesor Alejandro Llano, procuró transformar la *cultura de la queja* -tan frecuente en el mundo universitario- en la *cultura de la colaboración*.

No quiero terminar estas palabras sin hacer una llamada a la responsabilidad, dirigida especialmente a los profesores de la Facultad de Medicina y al personal facultativo de la Clínica Universitaria, para que seamos capaces de hacernos cargo de la rica herencia de humanidad y de espíritu universitario que nos van legando personas como don Juan Jiménez Vargas, a cuya memoria se dedica el acto de hoy -acto que nos trae el recuerdo de otros similares en memoria de nuestros muy queridos Eduardo Ortiz de Landázuri, o de Jesús Vázquez, por referirme sólo a otros dos profesores de la Facultad de Medicina-. Esta responsabilidad os llevará a mantener actualizado el espíritu de los comienzos y a trabajar con su misma perfección y generosidad, para que toda nuestra Corporación Académica se siga sintiendo sanamente orgullosa de su Facultad de Medicina y de su Clínica Universitaria.



El 3 de Octubre de 1990, el profesor Juan Jiménez Vargas recibió la Medalla de Oro de la Universidad, concedida por el Gran Canciller. En la fotografía, el entonces Rector de la Universidad, Alfonso Nieto, en el momento de la imposición.

Universidad de Navarra

El Gran Canciller

En conformidad con lo previsto en los Estatutos de la Universidad de Navarra y en el Artículo Tercero de mi Decreto del 17 de noviembre de 1983, y en reconocimiento de la abnegada, honda y eficaz labor realizada con fidelidad al espíritu cristiano de servicio a la Iglesia y a toda la sociedad que animaba al Venerable Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad, concedo la Medalla de Oro de la Universidad al Profesor Juan Jiménez Vargas, que se incorporó a esta Universidad en 1954 como promotor y primer Decano de la Facultad de Medicina, inició la "Revista de Medicina" de esa Facultad y ha desarrollado durante estos años una muy dilatada y valiosa tarea de investigación en el área de la Fisiología Humana.

Dado en Roma, el 18 de junio de 1990.



Alvaro del Portillo
Gran Canc.

Reg. A. Libr. I pág. 7 n. 82

Algunas fotografías de don Juan Jiménez Vargas

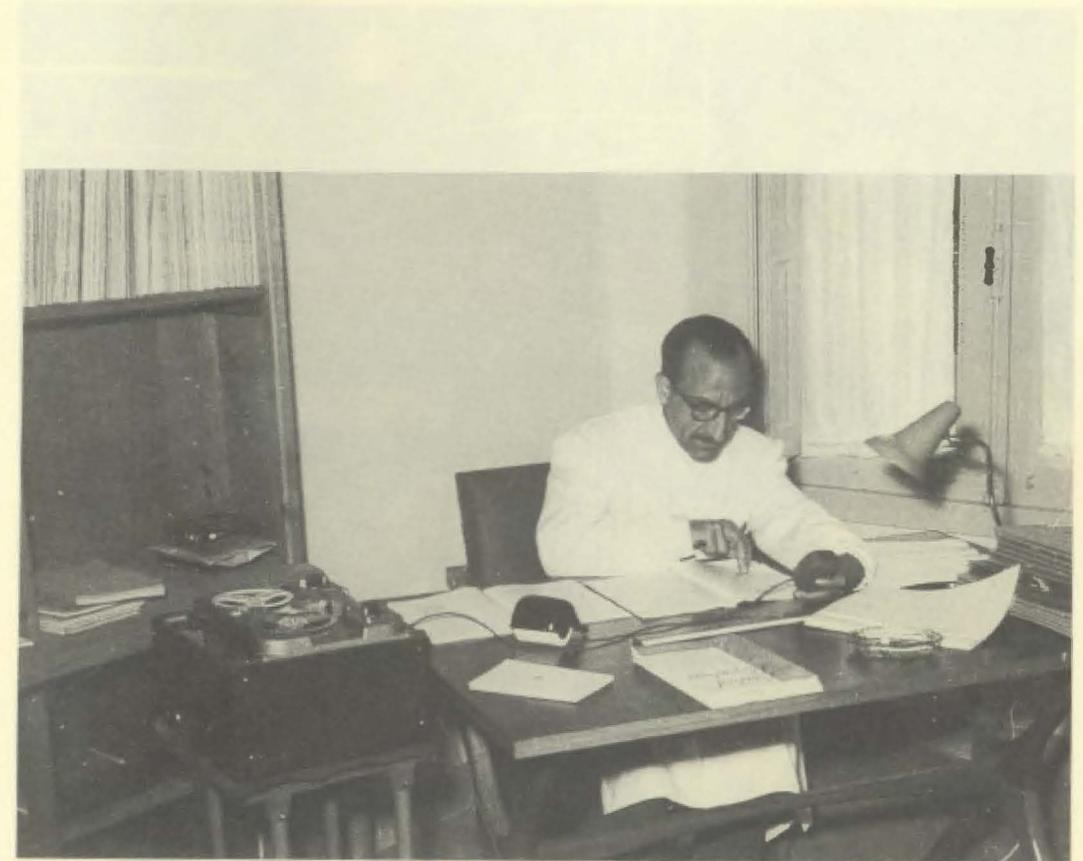


El Sr. Jiménez de Vargas y su familia en el momento de la inauguración de la Universidad, con el Sr. Carrillo, Sr. Rodríguez, Sr. Martínez y Sr. de la Cruz, en el momento de la inauguración.



El Sr. Jiménez de Vargas y su familia en el momento de la inauguración de la Universidad, con el Sr. Carrillo, Sr. Rodríguez, Sr. Martínez y Sr. de la Cruz, en el momento de la inauguración.

Algunas fotografías de don Juan Jiménez Vargas

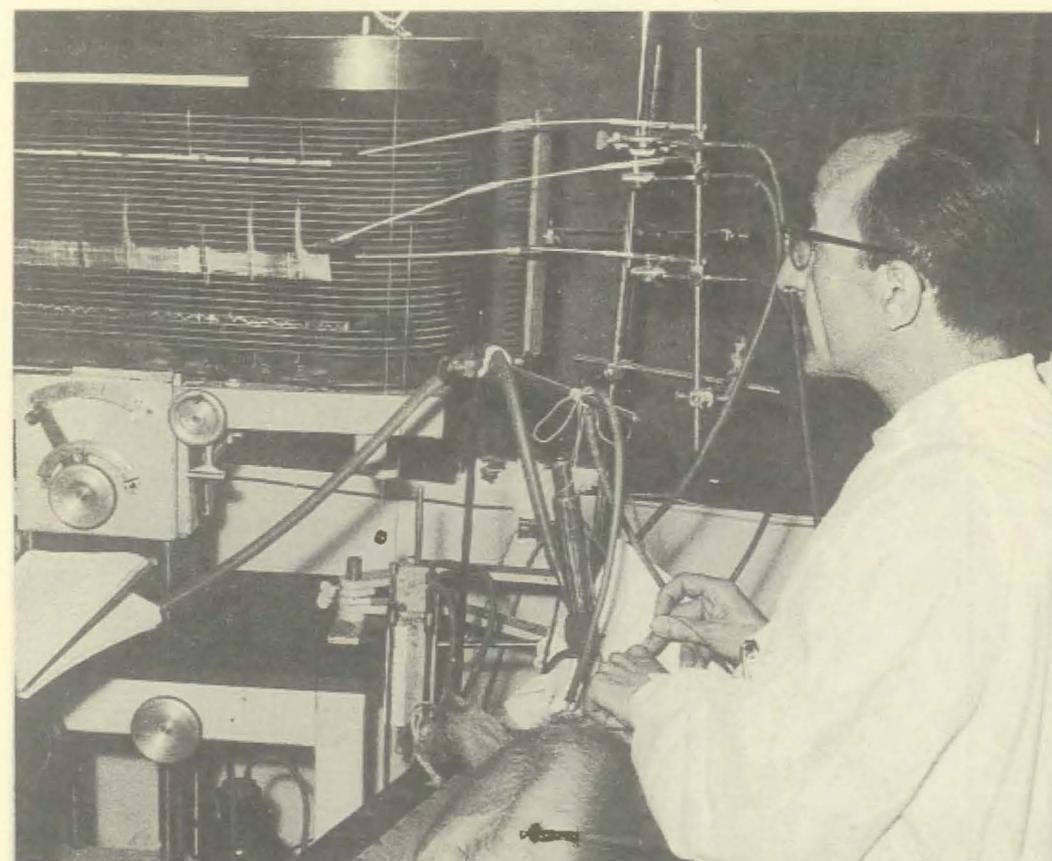


D. Juan en su primer despacho de la Escuela Vieja. Curso 1955-56.

Algunas fotografías de don Juan Jiménez Vargas



El primer laboratorio de la Escuela Vieja. Curso 1955-56.



D. Juan en el Laboratorio de investigación de Fisiología de la Escuela Vieja.
Curso 1956-57.



Alumnos de la primera promoción de la Facultad de Medicina con D. Juan Jiménez Vargas y D. Eduardo Ortiz de Landázuri. 1958.



Alumnos de la primera promoción de la Facultad de Medicina con D. Juan Jiménez Vargas y D. Eduardo Ortiz de Landázuri. 1958.



Alumnos de la escuela primaria de la Escuela Vieja.
D. Juan José Vázquez y D. Ramón Ortiz de Larrea. 1957.



D. Juan en un despacho de la Escuela Vieja. Curso 1956-57.



Apertura del Curso académico 1957-58.



Apertura del Curso académico 1956-57.



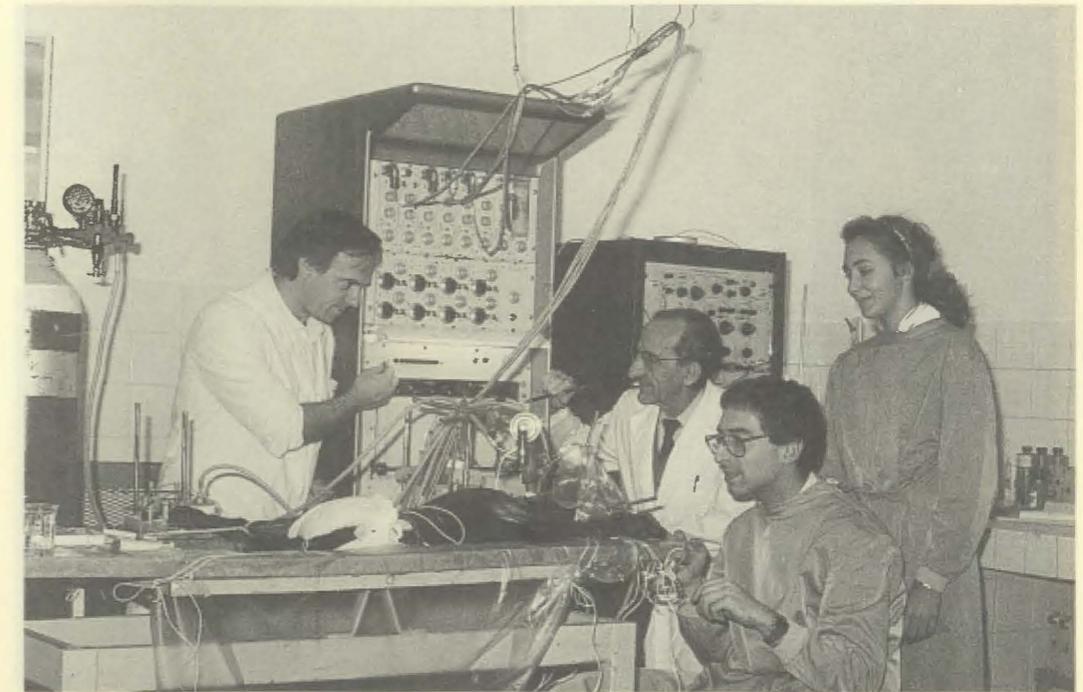
Mesa redonda organizada para conmemorar el XXV aniversario de la I Promoción de la Escuela de Enfermería, de la que D. Juan fue promotor y primer Director.
15 de Mayo de 1982.



Acto de Fin de carrera de la XXIII Promoción de Medicina. Junio de 1983.



Acto de Fin de carrera de la XXIII Promoción de Medicina. Junio de 1983.



D. Juan en el Laboratorio de Fisiología Humana en el Edificio de Investigación.
Curso 1985-86.



D. Juan Jiménez Vargas, D. Ismael Sánchez Bella y D. Alvaro D'Ors, en el acto de entrega de la Medalla de Oro, el 3 de Octubre de 1990.



El Sr. Juan Jiménez Vargas, D. Juan Jiménez Vargas, el día de la entrega de la Medalla de Oro de la Universidad de Navarra. 3 de Octubre de 1990.



D. Juan Jiménez Vargas, el día de la entrega de la Medalla de Oro de la Universidad de Navarra. 3 de Octubre de 1990.